Año XV. Madrid 16 de Marzo de 1865. Núm. 586.

EL CORREO DE LA MODA.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—A mi Madre (poesia), por doña Elvira Solis Greppi.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Clemencia [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Salones.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de trajes, núm.* 772.—*Figurin de Peinados.*—*Grabado de Modas.*

REVISTA DE MADRID.

¿OS habeis preparado ya, lectoras mias, para recibir á la jóven viajera, que aguardamos todos en la coronada villa?

¿Habeis asistido por las tardes á los jardines y á los paseos para preguntar á las auras cuando se acerca esa niña que tanto tarda ya?

Dentro de cuatro ó cinco dias la vereis entrar por las puertas de Madrid coronada de flores, pisando verdes alfombras, acompañada por los conciertos de mil pájaros, y meciendo su cabellera de luz, y sus vestiduras de rosa y de esmeralda.

Vosotras, lectoras mias, no dejareis de salir al campo para recibir á *La Primavera.*

Ella os buscará, sin embargo, aunque vosotras no salgais á recibirla, porque la Primavera tiene necesidad de regalaros sus flores.

La Primavera, como á pesar de ser tan jóven, cuenta ya tantos años de existencia, ha comprendido que ahora renace en el siglo del *bombo*, segun la frase vulgar, y que sin *bombo* es muy difícil conquistarse las simpatias del público.

¿Quiénes son los que propalan y estienden el eco de esa música que se llama *bombo*? Los periódicos.

Las violetas han creido que sin una gacetilla nadie habia de buscarlas en las cárceles de musgo donde su modestia las aprisiona.

Los céfiros se figuraban que sin el auxilio de unas cuantas líneas en las planas de anuncios de un diario semanal, nadie les haria caso, ni llamarian la atencion de las mujeres bellas, cuando se acercasen á besar las faldas de sus vestidos.

¡Las rosas!! pobres rosas!! imaginábanse que no se bastaban á sí mismas, para llamar la atencion de los que frecuentan los jardines.

De esta especie de vanidad, de amor propio, de egoismo, digámoslo así, brotó la *política* de las flores.

Se reunieron en *petit comité*, y acordaron todas ellas la publicacion de un periódico.

¿No habeis oido pregonar por las calles de Madrid un periódico con el título de El Amor?

Pues ese debe ser el periódico de las flores; el periódico de la Primavera.

¿Qué mejor nombre para una publicacion primaveral que el nombre de *El Amor*?

Aquí teneis ya al amor convertido en un jóven periodista.

La Primavera se ha presentado con un órgano en la prensa, anunciándose además con esas tarjetitas que reparte por dos cuartos, y que se llaman ramos de violetas.

Con la llegada de la Primavera se asegura tambien la llegada á la córte de un ruiseñor, que cantará por las noches como cantan todos los ruiseñores.

Este ruiseñor es la Patti.

El nombre de la Patti suena ya entre nosotros como el rumor agradable de una música lejana que nunca escuchamos con claridad, ó mejor dicho que nunca se acerca.

Las esquinas vienen á ser en Madrid una especie de segunda cara de los empresarios, con la que suelen estos engañar al público.

Las esquinas mienten sin teñirse nunca con el color de la vergüenza; siempre están blancas como la pared.

A pesar de todo las esquinas no mienten por ahora, y vosotras, lectoras amabilísimas, os embelesareis dentro de pocas noches en el régio coliseo con las sublimes armonias de ese pájaro de la escena que se llama Patti.

Los trinos de la Patti son la serenata mas dulce, mas suave, mas delicada, mas ideal, con que podemos recibir en la corte á esa niña que lleva el nombre de Primavera.

Biblioteca Nacional de España

Los carteles lo anuncian, y con los carteles lo vienen asegurando los periódicos.

Las esquinas son unas máscaras que están mudando de traje constantemente.

Los trajes de las esquinas son los carteles.

Mientras unas esquinas anuncian la llegada del arte por la plaza de *Oriente*, otras pregonan la salida del arte por el *Ocaso* de las *Vallecas*.

Mucho se hablaba, mucho se ha venido hablando hasta aquí de la creacion de un Teatro Nacional sobre las ruinas de los salones que sirvieron ayer para la Exposicion de Pinturas.

Se hablaba mucho de este proyecto, y efectivamente la creacion del Teatro Nacional ha quedado en *proyecto*.

El solar está vendido; si el arte no tuviese mas palacio que el proyectado coliseo andaria, de seguro, errante como el peregrino por las dilatadas llanuras de los desiertos.

A pesar de todo el arte está de enhorabuena, porque el Barracon de la calle de Alcalá, cuyas paredes se bordaron con las ráfagas del génio de nuestros modernos pintores, no es el solar mas á propósito para levantar sobre él un monumento artístico de tan alta importancia.

Ya que del arte nos ocupamos, no podemos menos de dar cuenta á nuestras lectoras, aunque muy ligeramente, de la última funcion lírico-dramática que ha tenido lugar en el precioso liceo de los señores de Piquer.

Después que se puso en escena una fácil y bonita comedia del actual censor de teatros D. Narciso Serra, admirablemente ejecutada por distinguidos aficionados, nos proporcionó la seccion lírica el placer de escuchar á la señorita de Galarza, que se presentaba por primera vez en el Liceo, y que canta bien.

Los señores Perera, Albelda, y otros varios, compartieron con la jóven filarmónica sus envidiables triunfos.

Nuestra bella y simpática colaboradora la tierna poetisa, señorita de Príncipe, fué la perla mas delicada que brilló esa noche en la seccion literaria.

Leyó con mucha serenidad y mucho sentimiento la magnífica poesía *Al Cementerio*, que ya tuvimos el gusto en insertar en las columnas de EL CORREO DE LA MODA.

La señorita de Príncipe recogió una buena cosecha de aplausos.

Al señor Serrano Alcázar se le aplaudió como se aplaude siempre al verdadero talento, al verdadero génio.

La funcion estuvo tan animada como todas las que se verifican en este bellísimo Liceo.

A. F. GRILO.

LITERATURA.

Á MI MADRE.

¡Oh, tú que sér y vida me prestaste,
Tú que abrigo me diste en tus entrañas!
¡Oh, tú que al bien mis pasos encaminas,
Madre adorada!

Tú que escuchaste mi primer acento,
Tú que enjugaste mi primera lágrima,
Que recojiste mi primer suspiro,
Mujer amada.

Deja que yo un momento á tí consagre,
Déjame que repita entusiasmada,
Que una madre es de Dios acá en la tierra
La imágen santa.

Ella nos da la vida generosa,
Con su cariño nuestra dicha labra;
Siempre en ella encontramos la ventura
Mas acabada.

Mujer nos presta singular dulzura,
Maestra guia nuestra débil planta,
Amiga da consuelo á nuestras penas,
Madre nos ama.

Amor, encanto, poesía, dicha,
Frases que gran placer al alma causan,
Todo lo encierra su precioso nombre,
Dulce palabra!

Dichosa yo que contemplarla puedo,
Y al recordar los dias de mi infancia,
Aun puedo responder á sus caricias,
Aun puedo amarla.

Aun puedo bendecir su dulce nombre
Y al Hacedor Supremo dar mil gracias,
Porque benigno quiso concederme
Dicha tan alta.

Señor, Señor, tu omnipotencia suma
Tus grandes obras á mostrar alcanzan;
Esta sola por sí fuera bastante,
Fuera sobrada.

Tú nos das una madre que amorosa
Sus mas puras ideas nos consagra,
Y en la parte mas honda de su pecho
Nuestro amor guarda.

¡Madre! ¿quién no ha sentido allá en su seno
Tu nombre al pronunciar cual se entusiasma
Y ébrio de gozo el corazon repite,
Madre del alma!

Ven madre, ven: ya tu hija aquí te espera;
Nuestros brazos uniendo y nuestras almas,
Formarán cual del árbol de la vida
Preciosas ramas.

Biblioteca Nacional de España

Unidas gozaremos nuestra dicha,
Y unidas verteremos nuestras lágrimas,
Unidas subirán cual nube al cielo
Nuestras plegarias.

Verás, verás cuan bien son acogidas,
Que al ver en ellas el amor de entrambas,
El Dios eterno de bondad, no puede
No, rechazarlas.

Ven; del materno amor en digno templo
Veremos convertidas nuestras almas.
¡Madre! tú eres mi bien, tú mis delicias,
Tú mi esperanza.

ELVIRA SOLÍS GREPPI.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

IX.

De Leonor á Adela.

Permanecí algunos instantes sin voz ni movimiento. Estaba corrida, avergonzada, fuera de mí.

En medio de mi confusion, me pareció que debia decir algo para ocultarla, y esclamé sin saber apenas lo que hablaba.

—Rosa? quién es Rosa?

—Aquella jovencilla de ojos azules y cabello rubio, que concurre á casa de la Marquesa y que te gusta tanto? respondió Jacinta.

¿No sabes? la qué canta con una ternura indecible esas poéticas baladas alemanas? Tú misma has dicho que te es muy simpática y agradable.

—A mí? Jesus! esclamé con desden.

Aquellos elogios acabaron de exasperarme.

—Tan pálida! proseguí abandonándome á mi despecho, tan sin gracia! Y luego viste muy mal. ¿Quién le hará los vestidos?

—Ella! respondió Rafael con tono algo severo; no estarán tan bien hechos como los que á Vd. la hace su modista, pero tienen el mérito de que ocupan sus ratos de ócio, y disminuyen los gastos de su padre.

Esta leccion amarga me irritó.

—Pues el otro dia estaba muy linda con su vestido azul, dijo Jacinta, que parece siempre empeñada en contrariarme.

—Linda! esclamé sin poder contenerme, parecia una figura arrancada de un tapiz!

—Creo que exajeras y estas algo injusta esta tarde?

—Y luego tan gazmoña!

—Diga Vd. modesta y virtuosa! esclamó Rafael con fuego.

—Los hipócritas suelen engañar al mundo con su capa de virtud!

—Pero tú qué tienes que decir de ella? dijo Jacinta; cuyo curioso instinto se despertó al instante; tú algo sabrás cuando hablas de este modo?

—Muchas, muchas cosas, si quisiera decirlas!

—Muchas cosas contra ella? esclamó Rafael estupefacto.

—Cuáles, dí? preguntó ávidamente Jacinta.

—Muchas cosas! repuse con la terquedad del niño que se encierra en una sola idea.

—Leonor, repuso Rafael con tono solemne, no se debe desgarrar la honra ajena sin tener pruebas incontestables! Piense Vd. que la murmuracion y la calumnia son armas indignas de una mujer honrada; piense Vd. que la mujer que las esgrime, es mas criminal que el asesino que hunde su daga en un pecho indefenso, porque éste se espone á la anatema y al castigo de los hombres. Si ha hablado Vd. con ligereza retracte sus imprudentes palabras; sino exijo que me manifieste los motivos que la han inducido á pronunciarlas!

No podia retroceder: me atacaba en mis últimas trincheras.

Por un instante se ofreció á mi mente la idea de confesar mi ligereza, pero el orgullo me contuvo.

—Mi doncella, dije, ha servido en casa de Rosa, y me ha contado cosas horribles. Cuanto, cuan distinta es, de como se presenta en sociedad: holgazana, dejada, caprichosa....

—Esto nada tiene que ver con su virtud! esclamó Rafael encogiéndose de hombros, al caso, al caso!...

—Pues bien, respondí, perdida ya la razon, ha tenido un millon de amantes, á los cuales daba cita, ya en la iglesia, ya en el teatro, y ya en su mismo aposento, sin que sus padres lo supiesen.

Uno en particular, un oficial que murió en la guerra de Africa, y por quien, como todos saben, se consideró en el deber de llevar luto.

¡En medio de mi exaltacion no comprendí toda la fuerza de estas horribles palabras!

Sin embargo, mi ángel bueno debió cubrirse con sus alas al oirlas, porque me abrasaron los lábios.

Al punto sentí un dolor inmenso en el corazon, y que las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

Me levanté asustada de mí misma, corrí á ocultarme en un bosquecillo de cipreses, y empezé á llorar con tal fuerza, que mis sollozos llegaron hasta los oidos de Jacinta y de Rafael.

Ambos acudieron presurosos, y mientras la primera me dirijia mil preguntas impertinentes, el segundo murmuró en mi oido, con voz dulce y melancólica.

Biblioteca Nacional de España

—La que no es indulgente con los otros, no halla indulgencia para sí!

Incliné la cabeza sobre el pecho, no respondí; pero no me retracté de lo que antes habia dicho.

¡Oh, cuánto deseaba que se alejasen! Oh, cuánto deseaba que me dejasen llorar en libertad!

Cuando llegó la noche, cuando pude retirarme á mi aposento, me arrodillé á los piés de mi amado Crucifijo, y le pedí el perdon de mis errores.

Pero la plegaría no desahogó mi pecho como otras veces, no calmó mi espíritu agitado: es que á todas mis palabras respondia una voz inflexible desde el fondo de mi alma; *no, no!* y era la voz de mi conciencia.

Me tendí en el lecho y no dormí; el lecho me parecia de espinas.

En medio de la oscuridad, veia flotar delante de mis ojos la pálida imágen de Rosa, que me reconvenia dulcemente.

Escuso decirte, que en cuanto habia propalado contra ella, solo habia un hecho cierto, y era el del luto que habia vestido por un bizarro oficial destinado á ser su esposo.

Se pasaron ocho dias.

Una noche en que asistia á la tertulia cotidiana de la Marquesa, nos pusimos á jugar á juegos de prendas.

Rosa, tímida, modesta y enemiga de los placeres tumultuosos, permanecia junto á su madre.

La Marquesa la rogó que cantase.

¡No puedes figurarte cuán dulce es su voz, y cómo sabe hacer resonar las fibras del corazon!

Concluyó la balada entre espontáneos aplausos.

—Qué bien canta! dijo una jóven de las que formaban el corro.

—Sí! respondió otra, pero si supieras lo que me han dicho de ella!...

¡Oh, Adela, mi querida Adela, empezó á referir palabra por palabra cuanto yo en mi despecho habia contado, pero con mas negras tintas, con intencion mas negra!

Aquellas palabras funestas corrieron de boca en boca, y todas las miradas se fijaron con avilantez en la inocente Rosa, y todos la señalaron con el dedo para cubrirla de infamia!

¡Oh, desdichada de mí!

Pero hay mas, aun hay mas, Adela!

De nuestro corro, la imfame calumnia pasó al corro que formaban los hombres.

Rafael la oyó en los lábios de un jóven aturdido, y le respondió con una de aquellas ofensas que los hombres no perdonan.

¿Cómo pintarte el tumulto, el alboroto que hubo entonces en la sala?

Rosa debió enterarse de algo, porque la infeliz se desmayó....

¡Oh, Adela! la pluma se cae de mis manos, los latidos del corazon me ahogan; no puedo continuar!..

ANGELA GRASSI.

CLEMENCIA.

Continuacion.

No habrá olvidado el lector á Laura Monti, la brillante artista que desempeñó tan principal papel en los primeros triunfos de Clemencia. A la fecha en que marcha nuestra accion, Laura Monti no era la primera tiple de una compañía de ópera, sino la esposa del conde Alberto Williers, y los periódicos, que en otro tiempo ensalzaban sus glorias artísticas, no la citaban mas que para referir alguna obra de caridad.

Clemencia manifestó algun deseo de visitar á su antigua amiga, y Augusto, fascinado por el título de Condesa que ostentaba, añadió que era un deber del que no se podia prescindir.

—Ay! hijos mios, esclamó melancólicamente Madama Ogé; hoy rodeada de tanta grandeza acaso no nos reconocerá.

—Estoy segura de lo contrario, replicó con seguridad Clemencia; y tomando un carruaje de plaza se le dió órden de dirigirse al palacio de Williers, situado en el barrio de Saint-Honoré. Detúvose el carruaje en un magnífico pórtico, ante unos escalones de blanco mármol, que Clemencia subió con abandono y Augusto sin poder disimular su admiracion. Cuando penetraron en su lujosa antecámara, un criado se presentó á saber el nombre de las señoras, á lo cual contestó Clemencia con dulzura:

—La señora Condesa no nos ha visto hace mucho tiempo, y acaso habrá olvidado nuestro nombre: prefiero escribirle algunas líneas.

Y se puso á escribir rápidamente en una hoja de su tarjetero, mientras Augusto murmuraba al oido de su madre:

—Sabes que debe ser muy rica esta señora, para habitar un palacio semejante en París?

Y cuando vió que el criado se alejaba, esclamó:

—Hermana, tienes una magnífica amiga, que acaso nos convidará algun dia á comer.

El criado abrió la mampara diciendo cortesmente que pasasen, proporcionando nueva sorpresa á Augusto, que contemplaba con asombro los diferentes salones que atravesaban, en los que competian el gusto y la riqueza. Clemencia por el contrario, solo pensaba en su amiga, á cuyos brazos corrió con can-

Biblioteca Nacional de España

dor cuando la Condesa se presentó á la puerta de su gabinete.

—Querida Clemencia, niña adorada, esclamó Laura con su viveza italiana abrazando con cariño á la jóven, ¡siempre tan hermosa! Digo mal, mucho mas bella hoy que cuando nos conocimos. Pero sentáos, esclamó volviéndose á Mad. Ogé, que con su hijo presenciaba muda tan lisonjero acogimiento. Este jóven es vuestro hermano sin duda? ¡Cómo ha corrido el tiempo para todos! Solo que á nosotros nos hiere, mientras á vos os acaricia. Pues lo veis, querida mia, hoy soy una gran señora á quien no le es permitido cantar en público, y se contenta con lanzar sus trinos ante trescientas ó cuatrocientas personas que se dignan honrar sus salones y la aplauden por cortesanía. Ah! yo los trocaria con gusto por los espectadores que no invitaba, y á los que no tenia que ofrecer refrescos... pero no hablemos de eso. ¿Y vos? ¿por qué dichosa casualidad os veo en París, en mi casa, al lado mio?

Augusto y su madre estaban admirados de tan cordial acogida, y la primera refirió en breves palabras las vicisitudes por que habian pasado hasta llegar á aquel dichoso encuentro.

—Oh! gracias, gracias, esclamó Laura estrechando las manos de Clemencia, llegais como una esperanza para mi corazon, como un consuelo; porque hoy en torno mio la naturaleza está muerta, y al veros á mi lado creo que renace y que vuelvo á los años felices de mi vida, ¿y vuestra voz? y mis consejos? si hubierais crecido en talento como en belleza me confesaria celosa. Y dirigiéndose al piano con su natural viveza llamó á la jóven á su lado, y presentándole un papel de música, esclamó:

—Veamos este duo del *Tancredo* que tan bien cantábais algun dia.

Cuando terminó el duo, la Condesa permaneció silenciosa, con los ojos fijos en el teclado.

—¿Estais descontenta de mí? murmuró la jóven dulcemente.

—Por el contrario, me lisonjeaba de seros útil todavía, y veo que no teneis necesidad de mí.

Clemencia creyó comprender que su maestra envolvia bajo aquel elogio estudiado una verdadera censura, y calló sin sentirse herida ni humillada, porque el verdadero talento no tiene nunca conciencia de su propio valor.

—¿Con quién habeis estudiado despues que nos separamos? prosiguió la Condesa.

—Con nadie! he estudiado sola.

—Pues en el dia yo os autorizo para dar lecciones á los demas. Sin embargo, no se canta con tal espresion, con tal sentimiento, sino cuando se tiene un maestro ó una pasion. ¿Habrá sido el amor vuestro profesor incógnito?

Clemencia palideció de repente, y su madre añadió con candidez que no conocia á su hija ninguna inclinacion, mientras Augusto añadia que su hermana habia rehusado algunos partidos brillantes.

—Pues no lo comprendo, esclamó la Condesa; pero dejando á un lado esos misterios, voy á pediros una gracia: mañana vienen á casa algunas personas de alto rango, amigos de mi marido, y humildes artistas que todavía conservo de los mios. Ofrecedme señora que me hareis el honor de traer á esta pequeña fiesta á vuestra hija... y á vuestro hijo, añadió dirigiéndose á Augusto, que ya hacia á su madre señas afirmativas.

Mad. Ogé aceptó la invitacion, y Laura indicó á Clemencia que cantarian el duo que acababan de ensayar, y alguna otra pieza que le citó.

La jóven trató de escusarse, alegando su escaso mérito, cuando Augusto, contrariado por el secundario papel que desempeñaba, tomó parte en la conversacion, esclamando que era de muy mal tono hacerse desear tanto.

Con esto se cortó la conversacion, acordando ir á la noche siguiente.

Clemencia con esta visita obtuvo un beneficio inesperado: su madre la sonreia con mas cariño, y Augusto hablaba sin cesar de la Condesa, esperando que ella seria una providencia para la familia, y que en sus salones se relacionaria él con personajes de la mas alta importancia. Desde aquel instante se olvidó de Oscar y Jolibois, como antes se habia olvidado de otros, y hasta de los bailes de la esposa del abogado, recomendando á su madre y á su hermana que comprasen flores y adornos para presentarse bellas, atendiendo él tambien á los cuidados de su traje.

Al dia siguiente á las nueve de la noche, la familia Ogé penetraba en los salones de la Condesa, iluminados con profusion de luces y adornados con macetas de flores, cuando todavía la concurrencia era muy escasa, contándose apenas una docena de personas en torno de la Condesa, á las que presentó á Clemencia. La jóven causó en todos los ánimos agradable impresion á pesar de su sencillo traje de tul blanco y sus rosas naturales en la cabeza, único adorno que se habia puesto por complacer á Augusto, y que hacia resaltar sin artificio su espléndida belleza. Poco á poco los salones se fueron llenando, y los nombres mas ilustres de la época fueron llegando á oidos de Clemencia y de su atónito hermano.

Cuando la jóven tuvo ocasion de hablar á su amiga y profesora, murmuró confusa:

—Dispensadme, señora, de cantar por esta noche; solo me habiais hablado de algunos amigos, y cuanto París encierra de ilustre, se encuentra aquí.

—¡Dispensaros de cantar! imposible, querida mia, añadió riendo la Condesa. Cantareis, si es que merecen algo los consejos que os dí en vuestros pri-

Biblioteca Nacional de España

meros años. Os he anunciado además, como discípula mia, y debeis cantar, y cantar bien, para dejar satisfecho mi amor propio.

—Bien quisiera, pero no podré dominar mi turbacion.

—Ayer, sin embargo, no tuvisteis miedo delante de mí, que soy un juez algo mas competente que esos diplomáticos que os asustan, añadió Laura. Ademas, yo no os he anunciado como una celebridad, sino como una principianta que merece indulgencia. Pero es tiempo de comenzar, venid.

—Esperad un cuarto de hora siquiera, estoy demasiado conmovida.

—¡Qué niña sois! ¿Habeis oido el nombre de algun compositor, de algun artista de primer órden? Ingrata! os he escogido un público de ignorantes, y ya comprendereis que nada ganariais en cantar mal.

Al cabo de un cuarto de hora, Clemencia con paso firme y sereno rostro se dirigió al piano, escitando un murmullo de aprobacion por su belleza y modesto porte.

Listz acompañaba, y tocó el *ritornello* de una manera magistral; la Condesa dijo sus primeras frases, y Clemencia, sin tener ya conciencia de lo que pasaba en torno suyo, y como acariciada por aquella voz tan conocida, fué poco á poco mostrándose tal cual era, hasta terminar el duo con una espresion, con una ternura, que escitó el entusiamo general, rodeando todos los convidados á las dos artistas para colmarlas de elogios, elogios prodigados por desgracia con demasiada frecuencia en la sociedad, y que viven solo en la memoria de quien los ha merecido.

—¿Estais contenta? esclamó la Condesa al oido de la jóven.

—¡Oh, señora! mas bien confundida por vuestra amabillidad, porque al asociarme á vuestro triunfo, me haceis partícipe de los aplausos que os prodigan.

—Muy bien, ¿creeis que los aplausos que escuchábamos eran solo dirigidos á mí? para sacaros de vuestro error, cantad vuestra romanza y yo os acompañaré al piano.

Al cabo de un instante, un religioso silencio le advirtió que todos escuchaban, y cambiando una última mirada con la Condesa, principió á cantar.

¿Habeis escuchado el canto de amor que el ruiseñor lanza escondido en la verde enramada? ¿Habeis permanecido sin respirar, por no perder un eco del sublime cantor? ¿Habeis oido los maravillosos acordes qne en medio de la soledad lanza al espacio, y deben llegar hasta el trono de Dios, mezclándose al celestial concierto de los ángeles? Pues dicha tan rara disfrutaron los que se hallaban reunidos en el palacio de Laura Monti. A sus oidos llegaba un acento angelical que sonreia, que lloraba, que impresionaba á todas las almas y comunicaba sus propios sentimientos á todos los corazones.

¡Qué entusiasmo, qué frenesí! Toda la concurrencia se estrechaba por llegar hasta ella y prodigarle alguna palabra lisonjera; mientras la jóven, sin poder soportar el peso de su triunfo, enjugaba sus lágrimas. ¡Su alma sencilla no estaba templada al calor de semejantes impresiones!

De repente, un caballero desconocido se acercó á ella, murmurando:

—Señorita, soy el director del teatro italiano, y os ofrezco cincuenta mil francos por tres meses, si quereis debutar este invierno.

La jóven no supo qué contestar á estas palabras, y la Condesa, comprendiendo el estado en que se hallaba su alma, la sacó fuera del salon, esclamando así que la vió mas tranquila:

—¡Comprendo, querida mia, que esteis fatigada: habeis caminado mucho en una hora! Clemencia por toda contestacion dejó correr su llanto, lamentando aquella ovacion que nunca habia codiciado.

Cuando Laura la instó á volver al salon, manifestó su deseo de retirarse, y su amiga, compadecida de ella, hizo avisar á su madre y á su hermano:

—¿Sabes, querida, que tienes millones en tu garganta? ¡Todos lo repetian junto á mí!

—¡Ah! si su padre viviera! esclamaba su madre conmovida.

—El director del teatro italiano te ha ofrecido cincuenta mil francos, y te daria mucho mas si tú quisieras, continuó Augusto. Por este medio llegarias á ser rica, y podrias casarte con algun gran señor que valdria mas que el hijo de Mr. Moreau: el pobre Julio era demasiado feo para ti.

Y Augusto se dirigió á su cuarto tan satisfecho, que apenas cogia en su nuevo traje.

Clemencia, sola en su cuarto, creyó ver la imágen de Julio que la dirigia tiernas reconvenciones y la tendia los brazos, como el solo refugio donde podia esquivarse al brillo engañoso del mundo.

(*Se continuará.*)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

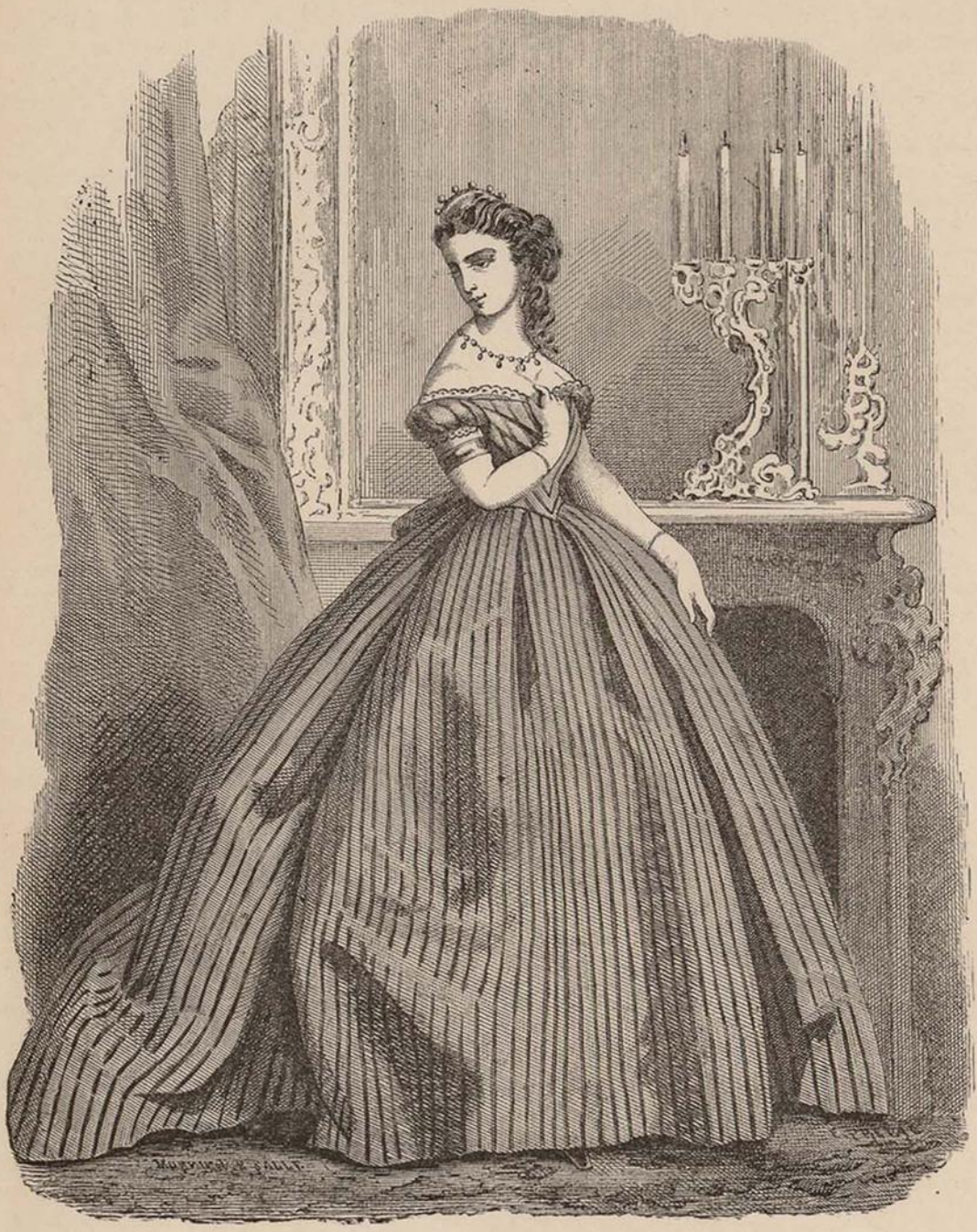
SALONES.

El domingo último ha tenido lugar en casa de la señora condesa del Montijo una de esas tan deseadas funciones con que la ilustre madre de la Emperatriz Eugenia acostumbra á obsequiar al escogido círculo de sus amigos.

Conocidos son de nuestras lectoras tanto el brillo y suntuosidad de los salones del palacio de la Plazuela del Angel, como los nombres de las damas que los embellecen: cuanto pudiéramos decir en esta parte seria repetir lo que es tan notorio.

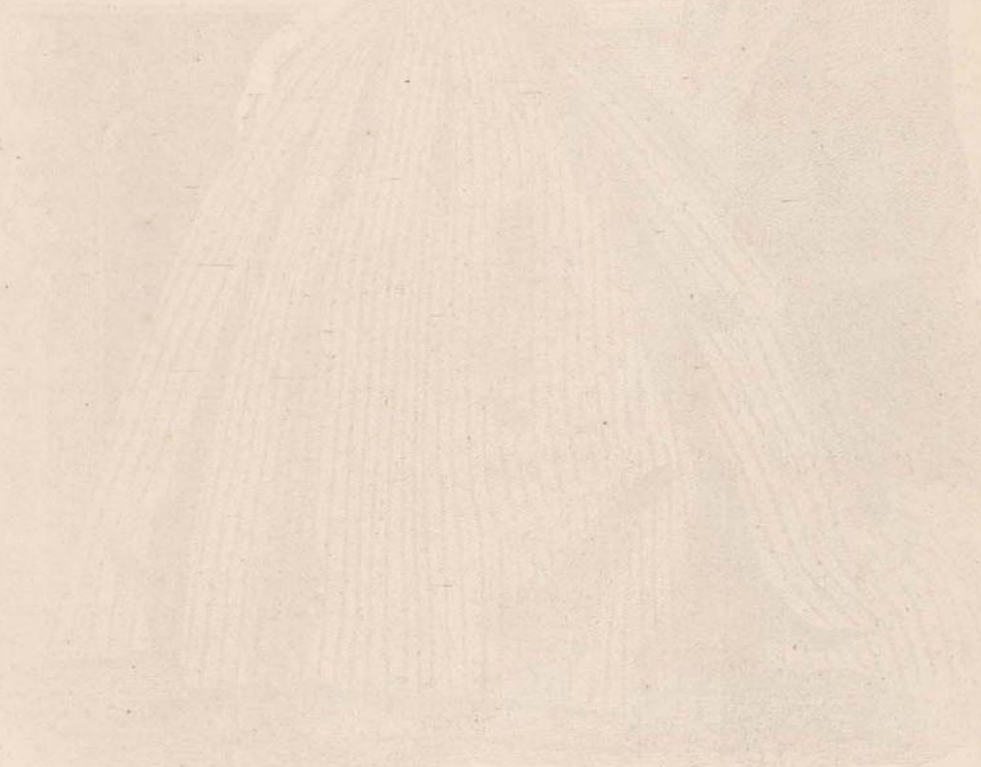
Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España



Madrid. = *Calle de Lope de Vega, num. 10.*

Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España

Lamoureux Imp. r. Lacepède 38. Paris

Ad. Goubaud, Ed. à Paris.

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris. Rue de Richelieu. 92.

Toilettes de la Mme Gagelin r. de Richelieu. 83 — Modes d'Alexandrine Rue d'Antin. 14.
Costume d'Enfants de la Mme A.te Augustin, rue W.e S.t Augustin. 45 — Coiffures de Hle de Bisterweld Fg S.t Honoré. 5.
Dentelles de F. Monard. r. des Jeuneurs. 42 — Corsets de la Mme Simon r. S.t Honoré 183.

Fleurs de Mme E. Coudré. Mme Tilleau. rue de Richelieu 104. | Sous-jupe acier de la Mme E. Creusy rue Montmartre. 133.
Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon Chaussée d'Antin. 6. | Parfums de Violet f.de de S. M. l'Impératrice r. S.t Denis. 317.

Entered at Stationer's Hall. LONDON. S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine. 248. Strand. W.C. MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena

Biblioteca Nacional de España

El concierto estuvo dirigido por el distinguido profesor señor D. José de Inzenga, acompañando tambien al piano el señor Moderatí.

Las piezas que se ejecutaron fueron las siguientes:

Romanza de Luisa Miller, por el señor Baragli.

Duo de Linda, por la señora de Luxan y el señor Baragli.

Andante del ária final de Lucrecia Borgia, por la señora de Prendergast.

Quarteto del Macabeth, por las señoras Luxan, baronesa de Ortega y los señores Inzenga y Guallard.

Duo del Pirata, por la señora de Prendergast y el señor Baragli.

Aria final de Saffo, por la señora de Luxan.

Terzettino de la clochette del *Pardon de Ploermel*, por la señora de Prendergast y los señores Baragli y Gassier, con acompañamiento de arpa y campanilla, por la señorita Roaldés y el señor Peña.

Marcha, de arpa, por la señorita Roaldés.

Terzetto de la Italiana en Argel, por los señores Baragli, Gassier y Scalese.

MODAS.

La primavera que se presentó adelantada á presenciar apacible y risueña las locuras del Carnaval, ha desaparecido en los primeros dias de la Cuaresma, y hemos podido convencernos de que fué esto una broma de buen género que nos dió el tiempo, y que pasó desapercibida.

Como uno de tantos zánganos que recorrieron las calles en aquellos dias, ataviados con trajes de niñas elegantes, el invierno pidió el suyo á la primavera, que inocente como vosotras, lectoras mias, le compuso una ondulante falda con las flores del almendro, entrelazando frescas violetas en sus cabellos: pasadas aquellas horas de ruidosa algaravía el invierno ha arrojado su careta, enseñándonos otra vez su adusta faz, y revestido de su manto de armiño y corona de témpanos de hielo.

La primavera como una niña burlona se le rie en sus barbas, asomándose entre nubecillas en un cielo despejado, y las jóvenes elegantes, sus compañeras, acuden á los paseos, envueltas en airosos abrigos de terciopelo, y reflejando en las doradas bolas con que adornan el ala de sus sombreros el hermoso sol que viene á festejarlas.

Una hemos visto tardes pasadas, muy linda por cierto y conocida entre la buena sociedad, que remedaba admirablemente el color del cielo en su gracioso vestido y paletot de seda azul: sus rubios cabellos ondulaban flotantes debajo de la toquilla de tul, que terminaba su gracioso sombrero, salpicada de lunares de plata, y con una estrella de lo mismo en su centro; pálido, pero interesante reflejo del lucero de la tarde que principiaba á lucir en el firmamento.

Los figurines que reparte nuestro periódico, los mejores sin disputa que circulan en Europa, son la flor y nata del buen gusto en su mas lata espresion, tanto que algunas dicen que representa la Moda increible. Aunque, á pesar de todo, son aplicables al buen juicio de cada señora, nosotros que no reparamos en sacrificios cuando se trata de complacer á nuestras amables lectoras, añadimos en el grabado que corresponde al número de hoy una nueva prueba de ello, ofreciéndoles un modelo de la Moda sencilla, que puede ser todo lo ecónomica que se quiera, pues solo depende de los ingredientes mas ó menos ricos que entren en su composicion. La esplicacion es la siguiente.

TRAJE PARA COMIDA, SOIRÉE Ó TEATRO.—*Vestido* de moiré blanco con listas de raso azul. La falda es lisa, de ancho vuelo y prolongada cola, cortados en nesga de arriba los paños y montada á tablas grandes. Cuerpo escotado, de peto redondo, y manga corta de un bullon solo, cortada al biés de la tela, lo mismo que los delanteros del cuerpo para que las rayas vengan encontradas. Una *camiseta* de encaje acompaña al escote guardando su misma forma, y otro encaje igual va al canto de la manga: *lazo* de encaje blanco con caidas cortas por detrás en el talle; *collar y diadema* de perlas, y *peinado* rizado el pelo de adelante en ondas grandes y levantado, rematando en tirabuzones al lado, y por detrás bucles prendidos unos entre otros redondeando la cabeza completan esta graciosa toalete.

Nada mas rico y distinguido que este traje en medio de su sencillez; traje que no elegirá nunca para sí una persona de mal gusto, pero que será modelo inestimable para quien posea el secreto de vestir bien.

Esplicacion del Figurin, *núm.* 772.

FIG. 1.ª TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de glasé azul, adornado de entredoses de encaje negro sobre bieses de seda blanca.

Falda terminada por un volante de 40 á 50 centímetros, montado á grupos de tres tablas grandes, sobre las que descansan tres patas de entredoses, con viso blanco y guarnicion de encaje á la punta: otro entredos igual cubre la pegadura del volante.

Cuerpo-fraq, alto y abierto por delante, permitiendo ver un chaleco de moiré blanco, y prolongándose por detrás en dos aldetas cuadradas, y otra

Biblioteca Nacional de España

en el centro aguda, guarnecido todo en su alrededor de entredoses con viso blanco, y encaje al borde además en la aldeta del centro.

Manga recta, adornada como el resto del traje.

Sombrero de terciopelo epinglé, de medio color, de ala lisa, y el fondo formado por un cuadro del mismo terciopelo, rizado: dos barbas de encaje de Inglaterra blanco descienden sobre él, sujetas por un lazo de hojas lisas del mismo terciopelo, atravesado por un puñal con puño de oro y cristal. Un biés con lazo igual al sombrero y dos caidas de tul céfiro, que se cruzan sobre las bridas, le completan.

Fig. 2.ª Traje de baile para señorita muy jóven.—*Vestido* de tarlatana blanco, adornado de cintas rosa.

Falda con volante rizado al canto, y cubierta de trecho en trecho de bieses de la misma tarlatana, con cinta rosa á la pegadura de cada uno.

Cuerpo de escote cuadrado rodeado de un bullon de tarlatana sostenido con presillas rosa: talle redondo.

Manga corta, formada por otro bullon como el que guarnece el escote, con encaje al pié.

Camiseta de encaje, de forma cuadrada.

Cinturon rosa, cerrado á la izquierda con escarapela y cabos flotantes.

Peinado de bucles prendidos con horquillas, y levantado el pelo de las sienes, con lazo por detrás rodeado de trenza y tirabuzones á los lados: corona de lazadas de cinta con cabos sueltos por detrás y *esprit* blanco por delante.

Fig. 3.ª Traje para niña de seis años.—*Vestido* de terciopelo granate, con cuerpo de escote cuadrado, talle redondo y manga recta. La falda va toda montada á tablas, y un terciopelo negro que sirve de cinturon, baja por delante y guarnece el borde de la falda, subiendo desde ésta unas patas de terciopelo sostenidas por un boton á la punta: igual adorno marca fígara en el cuerpo y adorna la manga.

Camiseta alta; *gorrito* de terciopelo negro con biés granate y pluma blanca; *media* encarnada y botitas negras completan este lindo traje.

Esplicacion del Figurin de Peinados.

Figs. 1.ª y 2.ª *Peinado* para baile, de época Luis XV, modificado al gusto del dia.

Compónese de trenzas, castaña, moña de tirabuzones y medio erizon de sortijillas, y se ejecuta abriendo raya de una á otra oreja, levantando el pelo de adelante á lo Dubarry, un poco mas alto de un lado que de otro, colocando una trenza de tres ramales, (uno de cinta) al biés en el lado derecho y detrás de la oreja por el izquierdo, haciendo con los cabellos de atrás una pequeña castaña, sobre la cual se coloca la moña, faltando solo para completar el peinado un medio erizon de sortijillas al lado izquierdo, desde la trenza á la moña. Le adornan ademas una barba de encaje blanco, grupo de rosas y lazadas, y caidas de cinta.

Fig. 3.ª *Peinado* de sociedad, estilo tambien de Luis XV, con erizon entrelazado y castaña mariposa.

Ábrese la raya como para el peinado anterior, y despues de sujetar los cabellos de atrás, se levanta el pelo de las sienes, repartiendo el de la parte superior en seis ramales, que se van levantando progresivamente y prendiendo, volviendo de nuevo el ramal hácia la frente, y dándole la misma vuelta que si se fuera á ejecutar un bandó de cuernos, con lo cual resultan ramales entrelazados: un poco de relleno de tul ó crepé es indispensable para este peinado, que completa una mariposa de tres hojas por detrás, combinándole como adorno todo lo que pueda ir colocado á uno de los lados.

Fig. 4.ª *Peinado* para teatro, á propósito á la redecilla de felpilla atravesada por bandas trenzadas, orilladas de perlas que presenta el modelo.

Ejecútase este peinado abriendo raya atravesada y otra en medio, colocando de adelante plano el cabello sobre la frente y rizado: un grupo de rizos desciende por cada lado, y otro por detrás mas bajo de la castaña, para que sobresalga de la redecilla. Ésta hace todo lo demas.

Fig. 5.ª *Peinado* para baile, figurando rizado todo el cabello.

Para ejecutar este peinado, de gran novedad, se recoje todo el cabello natural á la china en una sola trenza, que se rodea muy chata por detrás, colocando encima una moña de rizos, mas cortos por encima y largos por la espalda, cubriendo con los primeros toda la cabeza con auxilio de horquillas invisibles para llevarlos donde convenga, entrelazándolos con cinta de igual color al vestido.

Aurora Perez Miron.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. CAMPO-REDONDO.— OLMO, 14.

Biblioteca Nacional de España

1

2

3

4

5

1865.

Imp. Godard, a Paris.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España